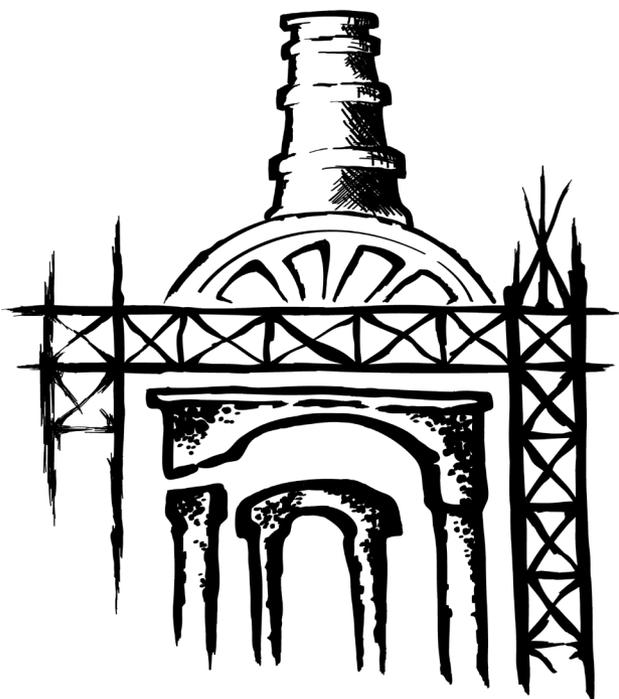


Núm. 4 (2019)
ISSN: 2530-4933



REVISTA
OTARQ
OTRAS ARQUEOLOGÍAS



ÍNDICE

EDITORIAL	1
L. Alberto Polo Romero y Francisco Reyes Téllez	
PERVERSIONES I VERSIONES, EN ARQUEOLOGÍA, DE LA TERMINOLOGIA TÉCNICA LATINA. EL CASO DEL <i>OPUS SIGNINUM</i>	5
Josep María Puche Fontanilles	
CARACTERIZACIÓN DE MATERIALES: LA DOCUMENTACIÓN HISTÓRICA EN LAS LECTURAS PLANIMÉTRICAS DE FACHADAS	25
Rosa Bustamante Montoro, Teresa Cabezas González y Elena Díaz Santos	
LIENZOS Y PUERTAS DE LA MURALLA CALIFAL DE CAÑETE (CUENCA): ESTRATIGRAFÍA COMPARADA Y SIGNIFICADOS	41
Michel Muñoz García	
DE LOS LIBROS PERDIDOS DE POSEIDONIOS A LA ETNOLOGÍA COMO FUENTE DE CONOCIMINETO DE LA HISPANIA PRERROMANA	65
Martín Almagro-Gorbea	
LA ARQUEOLOGÍA EXTENSIVA COMO HERRAMIENTA VERIFICADORA DEL PANORAMA TRIBAL SAHARIANO Y SAHELIANO	93
Antonio Vicente Frey Sánchez y Mariano Sanz Navarro	
LA BIOGRAFÍA ARQUITECTÓNICA: UNA ALTERNATIVA PARA CARACTERIZAR LOS ASENTAMIENTOS ILERGETES DURANTE LA ÉPOCA DE CONQUISTA	123
Diana Morales Manzanares y L. Alberto Polo Romero	
ALGUNAS INTERPRETACIONES DEL PAISAJE TARDOANTIGUO: LAS NECRÓPOLIS DEL SUR PENINSULAR Y SU ENTORNO	145
Irene Salinero-Sánchez	
DE LA MATA A LA LATA. ESTUDIO ARQUEOLÓGICO E HISTÓRICO DEL PAISAJE DE LODOSA (NAVARRA) EN EL SALTO A LA MODERNIDAD	163
Francisco Gómez-Diez	
VISIONES DEL <i>OTRO</i> EN UN PAISAJE DE GUERRA: TERRITORIALIZACIÓN DEL CONFLICTO EN EL FRENTE VASCO DE LA GUERRA CIVIL (1936-1937)	187
Josu Santamarina Otaola	

GEOGRAFÍAS INMATERIALES Y ARQUEOLOGÍA CONTEMPORÁNEA. PAISAJE, IDENTIDAD Y MEMORIA EN LA SIERRA MINERA DE CARTAGENA-LA UNIÓN (MURCIA)	211
Oscar González Vergara	
EL VALOR DE LA ARQUEOLOGÍA EN LA ENSEÑANZA	231
Antoni Bardavio Novi	
ARQUEOLOGÍA Y SOCIEDAD EN BRASIL: UNA MIRADA SOBRE LA SOCIALIZACIÓN Y PRESERVACIÓN DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DESDE LA EDUCACIÓN PATRIMONIAL	251
Alejandra Saladino	
DE LA INVESTIGACIÓN AL AULA. LA MUSICOARQUEOLOGÍA Y LAS ACTIVIDADES DIDÁCTICAS SOBRE MÚSICA EN LA PREHISTORIA DESARROLLADAS EN EL CAMPO DE APRENDIZAJE DE LA NOGUERA	267
Antoni Bardavio Novi y Sònia Mañé Orozco	
BOMBAS GENS. UN EDIFICIO INDUSTRIAL RECUPERADO PARA LA MEMORIA VALENCIANA. ESTUDIO ARQUEOLÓGICO Y VALORIZACIÓN	289
Paloma Berrocal Ruiz	

VISIONES DEL OTRO EN UN PAISAJE DE GUERRA: TERRITORIALIZACIÓN DEL CONFLICTO EN EL FRENTE VASCO DE LA GUERRA CIVIL (1936-1937)

*Visions of 'the other' in a war landscape: Territorialisation of the conflict
in the Basque front of the Spanish Civil War (1936-1937)*

Josu Santamarina Otaola

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV-EHU)

RESUMEN

Un conflicto bélico contemporáneo, como la Guerra Civil española en el País Vasco (1936-1937), se asienta sobre el territorio creando un *paisaje cultural* específico, con unas características materiales e inmateriales concretas. Abordaremos la idea del conflicto como choque de alteridades en la que también interviene un pensamiento binario aplicado al paisaje. La interacción entre guerra y paisaje no sólo se tradujo en una necesaria *territorialización* del conflicto, sino que también trajo consigo la *militarización* del paisaje, natural y humano, en clave de guerra total. Un proyecto arqueológico extensivo desarrollado en el norte de Araba sirve de fundamento empírico en las siguientes reflexiones sobre alteridad, paisaje y guerra.

PALABRAS CLAVE: Guerra Civil española; Arqueología del Paisaje; Alteridad; Guerra total; País Vasco.

ABSTRACT

A contemporary war conflict, like the Spanish Civil War in the Basque Country (1936-1937), stands on a territory building a specific *cultural landscape*, within some material and immaterial characteristics. We are going to improve the idea of conflict as a clash of othernesses in which binary thought on landscape takes part. Interaction between war and landscape produced a necessary *territorialization* of conflict and also brought up a *militarization* of the landscape, even natural and human, in between parameters of total war. An extensive archaeological project developed in the north of Araba is used as an empirical base for the following reflections on otherness, landscape and war.

KEY-WORDS: Spanish Civil War; Landscape Archaeology; Otherness; Total War; Basque Country.



1. INTRODUCCIÓN

Esta investigación se enmarca en el proyecto, subvencionado por el Gobierno Vasco, “*Paisaia ahaztuak 1936-1937: el patrimonio bélico de la Guerra Civil en Araba*”, desarrollado entre 2016 y 2017. Uno de los objetivos del trabajo era la documentación de los vestigios existentes de posiciones de la Guerra Civil en el territorio de Álava/Araba en la actualidad. Con la información obtenida se elaboró un catálogo preliminar con 75 lugares documentados, repartidos en ocho municipios, todos ellos a lo largo del norte de Araba, en los límites con Bizkaia y Gipuzkoa (ver Figura 1). Este catálogo se encuentra en fase de revisión por parte del Centro de Patrimonio Cultural del Gobierno Vasco, aunque la idea es que pueda servir como herramienta abierta (*OpenData*) en un futuro próximo, de una forma similar al *Mapa de fosas* de la Guerra Civil en el País Vasco (Sáenz del Castillo 2017).

Para esta investigación se han consultado varios archivos históricos, en los que se ha prestado especial atención al estudio de la cartografía militar de la época. Por otro lado, las fuentes orales han sido cruciales, en tanto que todo el proyecto fue concebido como un diálogo entre “comunidad arqueológica” –interesada en el conocimiento técnico de este paisaje en un proyecto público oficial– y las “comunidades locales” –responsables de la gestión histórica efectiva y viva del territorio, en clave de *empoderamiento patrimonial* de un pasado conflictivo (Barreiro 2012; Ayán Vila 2016). Se han utilizado también metodologías de teledetección fácilmente accesibles hoy en día, como la tecnología Lidar, con un sentido de prospección extensiva, para pasar después a una prospección arqueológica intensiva sobre el terreno. En esta fase del trabajo, se usaron fichas estandarizadas para la documentación general de las estructuras visibles de la Guerra Civil en el territorio.

En este artículo se pretende afrontar la noción de “paisaje” que ha estado presente en todos los procesos de proyección y ejecución de este proyecto arqueológico. De esta forma, se busca explorar diferentes caras en la concurrencia entre los conceptos de “guerra” y “paisaje”, para así emprender una *territorialización* de la historia de la Guerra Civil (Alonso González 2008), en este caso, en el frente vasco (1936-1937). La Arqueología es una disciplina idónea en este sentido: centrándonos en la materialidad, aplicando además diferentes tipos de *zoom*, intentaremos comprender las realidades efectivas de un conflicto bélico complejo en un territorio compuesto por elementos naturales, sujetos culturales e las interacciones entre ambos.

Por ello, empezaremos caracterizando la Guerra Civil como un conflicto de “alteridades”, un campo de definición y destrucción del enemigo, del *Otro*. Después reconstruiremos algunos de los principales hitos en la construcción ideológica



de los paisajes vascos, así como su importancia en los relatos de la guerra, en forma de “binarismos políticos”. Posteriormente, resumiremos algunos procesos que tuvieron lugar en la progresiva y cambiante territorialización del conflicto. Es entonces cuando analizaremos cuestiones tales como la creación de cartografías militares, tanto materiales como inmateriales, la implantación de políticas de control y vigilancia sobre el paisaje, así como la “movilización del pasado” –la reutilización bélica de lugares arqueológicos de otras épocas. Para acabar, presentaremos algunas ideas finales con las que apuntar a diferentes líneas de investigación y reflexión en torno a estos paisajes de guerra en el País Vasco.

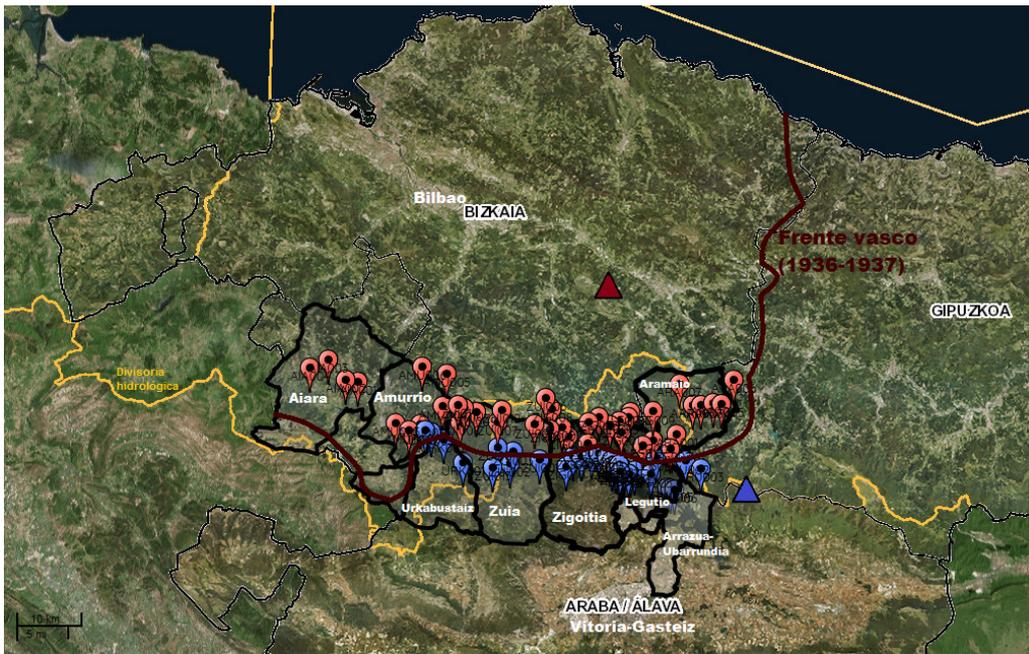


Figura 1. Mapa de posiciones de la Guerra Civil documentadas en el frente alavés (2016-2017).

2. MARCO TEÓRICO: BINARISMOS POLÍTICOS Y PAISAJE

Para empezar, en este cruce entre “paisaje” y “guerra”, podemos seguir a Felipe Criado Boado para así entender el paisaje como un “producto socio-cultural creado por la objetivación sobre el medio y en términos espaciales, de la acción social tanto de carácter material como imaginario” (Criado Boado 1993: 11). El paisaje, en tanto que producto socio-cultural, es aprehensible desde la Arqueología, por lo menos en su dimensión material, como reflejo material de las interacciones social/natural y también como conjunto de representaciones imaginarias del territo-



rio –mapas, relatos, descripciones, etc. En este sentido, la Arqueología del Paisaje propone “una aproximación histórica a esa espacialidad compleja y dinámica [el paisaje], síntesis de relaciones socio-económicas, políticas e ideológicas de las comunidades” (Orejas y Ruiz del Árbol 2013: 203).

Para el otro eje de análisis, la “guerra”, podemos recurrir a la definición clásica de Carl von Clausewitz de que “la guerra es una mera continuación de la política por otros medios” (2002 [1816]: 19-20). En ese sentido, podemos aproximarnos al fenómeno de la guerra con una gran puesta en escena de los conflictos que suelen canalizarse por otros medios (políticos). Una práctica de “violencia subjetiva” (o *física*) por parte de dos o más contendientes, diferente de la expresión normal(izada) de la “violencia objetiva” (o *estructural*) (Žižek 2009: 10). En cualquier caso, la dimensión de “alteridad” es necesaria en la comprensión de un conflicto bélico, en tanto que en éste se construye y se destruye una determinada idea de “enemigo”, de *Otro* absoluto. Esa realidad del *nosotros* frente a los *otros* nos remite irremediabilmente a la existencia de esquemas dicotómicos rotundos, de un “pensamiento binario” que estructura oposiciones que afirman nuestra realidad vivida y pensada.

Este desarrollo de las oposiciones binarias como estructurantes de una cultura, tremendamente útil a la hora de hablar de los conflictos, se la debemos a Pierre Bourdieu. En su obra *La dominación masculina* apela también a la “virilidad”, el conjunto de valores y prácticas ideales de la masculinidad hegemónica, como expresión del *virtus* o del *vir* (“debe ser”), esto es, el imperativo moral al que debemos aspirar los hombres (2000: 67-71). Un sentido de “nobleza” o, en cierto modo, de “ética del logro” (Hernando 2007). En este sentido, transformando levemente la afirmación de Clausewitz, se puede decir que “la guerra es la masculinidad por otros medios” (en Horne 2004: 31). En este esquema maniqueo y viril, entre el *nosotros* y el *ellos*, sólo cabe la victoria con la aniquilación del *Otro*, tal vez no físicamente, pero sí al menos simbólicamente: la destrucción de lo que el *Otro* representa.

La masa de ideologías y prejuicios que inspiró la sublevación del 18 de julio de 1936 debe ser comprendida entre esos parámetros. La “España contrarrevolucionaria” llevaba tiempo apelando a un juego de suma cero contra el régimen democrático de la República (Trullén 2016: 216-217). Las llamadas al militarismo y a la guerra como “rito de paso” hacia una España “gloriosa” eran el estandarte común de grupos políticos como los falangistas y los requetés. La palingenesia, el renacimiento por la sangre, era algo deseado por parte de las fuerzas reaccionarias (Alcalde 2016). Esto, además, caló profundamente en la sociedad española de posguerra, hasta el punto de que hoy en día se sigue percibiendo cierta “inevitabilidad” en el hecho de la guerra, algo así como si hubiese sido un “desenlace necesario” de la Segunda República (Aguilar 2008).



En este choque de alteridades políticas, la insurrección derechista y la República, la guerra cobra la fuerza de su expresión performativa. Su puesta en escena. Los binarismos políticos serán aquellos que ayuden a definir el conflicto. Esto no sólo se expresará en el esquema de *rojos* contra *facciosos* –por utilizar términos comunes del momento–, sino que el pensamiento binario servirá de soporte en la definición de otras alteridades en la Guerra Civil. Como por ejemplo, en el ámbito del paisaje. Como decía Henri Lefebvre, la producción del espacio no sólo se basa en la “práctica espacial” (nuestra acción en el territorio), ni en los “espacios de representación” (“espacios vividos”, contruidos), sino que también participan en él las “representaciones del espacio” (2013 [1974]: 97-98). Las representaciones del espacio componen ese paisaje en un sentido “imaginario” como se ha mencionado al principio, es decir, con la creación de “cartografías” del territorio: cómo lo percibimos y lo definimos, y al hacerlo, cómo lo construimos (Salaberria 2014).

Una nutrida generación de intelectuales españoles –Unamuno, Machado, Ortega y Gasset, Marañón, Azorín, etc.– hizo un “esfuerzo casi teológico por construir una especie de epistemología del paisajismo español” (Del Molino 2016: 182). Dedicaron cientos de líneas y versos a las tierras de Castilla como síntesis y sublimación del “ser de España”. La España contrarrevolucionara bebió de estas fuentes interpretándolas a su manera. En julio de 1936, la sublevación derechista supo imponerse con éxito esa España meseteña, árida y de líneas rectas. Falange, en su labor de construcción simbólica, teorizaba en ese ámbito del pensamiento binario: apostaba por lo árido frente a lo húmedo, lo recto frente a lo curvo, lo masculino frente a lo femenino (Box 2016).

En el caso del frente vasco, una gran parte de la línea de contacto entre sublevados y fuerzas republicanas se situó en la zona norte de Araba, tomando como uno de sus ejes la divisoria cantábrico-mediterránea de aguas (Figura 1). Al sur de esta línea se situaba la España de Franco, con Vitoria en manos rebeldes desde el principio del conflicto. Un territorio reivindicado como “castizo” por las autoridades del discurso del Alzamiento (Ugarte 2009: 84), así como idealizado por sus cualidades meseteñas, similares a las de la glorificada Castilla, el viejo solar de la nación. Al norte, en cambio, con Bilbao como capital vasca leal a la República, la izquierda obrera intentaba reclamar su autoridad en la “calle” (*kale*)¹, mientras que el nacionalismo vasco, conservador y católico, reivindicaba el paisaje del caserío (*baserri*) y del monte como verdadera reserva moral de la nación vasca.

¹ “Calle” en euskera es “kale” y es interesante cómo este concepto se utiliza en el ámbito rural como sinónimo de “lo urbano”. Así es cómo ser “kalekume” (literalmente “hijo de la calle”) significa ser “urbanita”. En ese sentido, la izquierda obrera vasca, inevitablemente asociada a los procesos de industrialización y urbanización de finales del siglo XIX y principios del XX, cuando reclama la “calle”, reclama también su *topología política*: la ciudad como eje de la acción contemporánea.



La accidentada orografía de Bizkaia era vista como una garantía de defensa frente al “invasor” (Núñez Seixas 2007). La representación del monte como hito simbólico del nacionalismo vasco venía de atrás. Sólo vale mencionar que uno de los grupos más activos del Partido Nacionalista Vasco (PNV) era el de los *mendigoxales* (“montañeros”), quienes hacían de la ascensión a los picos del territorio todo un ejercicio de exaltación patriótica, bajo cierta idea de “se hace nación al andar” (Fernández Soldevilla 2016), en la línea de otros grupos nacionalistas europeos. Al inicio de la Guerra Civil en el País Vasco, grupos de *gudaris* se esmeraron en el empeño por controlar las principales cumbres de la zona, hasta el punto de hacer la defensa del monte Gorbeia, el pico más alto de Araba y Bizkaia, un asunto de verdadero honor colectivo². Es significativo también que el militar Francisco Ciutat, jefe de operaciones del Ejército del Norte, que después combatió con el Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial y que también fue asesor en Cuba, Argelia y Vietnam, escribiese en 1939 un manual titulado *El combate defensivo en terreno montañoso*, recogiendo así algunas de sus experiencias en el frente vasco.

Los ecos de la montaña como refugio frente al invasor español se extienden en el tiempo, hasta el punto de que en los primeros años del grupo armado Euskadi Ta Askatasuna (ETA), Xabier Zumalde “El Cabra”, el primer jefe del Frente Militar (1965-1968), defendía la conveniencia de una guerrilla vasca en los siguientes términos:

«[...] el guerrillero se moverá siempre de noche, haciendo uso de su especial “instinto de la tierra”, su conocimiento de la misma y su preparación. La noche, la lluvia, la niebla, el frío y todas estas inclemencias, serán siempre el aliado del patriota (a la vez que pesadilla del “mercenario” venido de los resecos pueblos de la llamada España)» (en Zumalde 2004: 180).

Esta imagen aguerrida y hostil de las montañas vascas frente al conquistador meseteño parece ser una actualización singular de la oposición romana entre el *ager* (suelo agrícola) y el *saltus* (montaña), muy popular como esquema epistemológico en el País Vasco (Larrañaga 2007-2008). Pero, ¿qué decía el “invasor” al respecto? Resulta llamativo que en este binarismo político y fenomenológico del paisaje vasco, la España de Franco jugó eficientemente su papel de “civilizador en una tierra hostil”. El Tebib Arrumi, seudónimo literario de uno de los principales cronistas de la “Victoria” en la guerra del 36, Víctor Ruiz Albéniz, escribía lo siguiente sobre la ofensiva “nacional” sobre Bizkaia:

«[...] esas montañas sin orden ni orientación, están invariablemente cubiertas de bosques de pinos tan tupidos, tan impenetrables, como no hay

² Archivo Ruiz de Aguirre / Sancho de Beurko: C. 2, exp. 1. Apraiz, Sabino (1945): “Guerra en la Paz de las Alturas-1936”, folio 28.



otros en toda España, y cuando los pinos acaban empiezan los robles o los castaños, y cuando ya no hay vegetación posible por la altura de las sierras estalla el terreno en rocas caóticas que a cada paso abren fauces monstruosas, gargantas y barrancos profundísimos. Y al lado de todo esto, por doquier, los caseríos, en que cada edificio ofrece seguro resguardo a los defensores del terreno, constituyendo una red de estupendas fortificaciones» (Arrumi 1938: 37).

En sintonía con esta descripción del propio paisaje vasco como “enemigo” frente a la nueva España, la portada de una de las ediciones del libro *La Conquista de Vizcaya*, de la serie de crónicas de Tebib Arrumi, mostraba la imagen de un avión estrellado contra un agreste pico montañoso (Figura 2). El progreso técnico del Nuevo Estado estrellado contra el violento relieve de una región poco menos que salvaje.

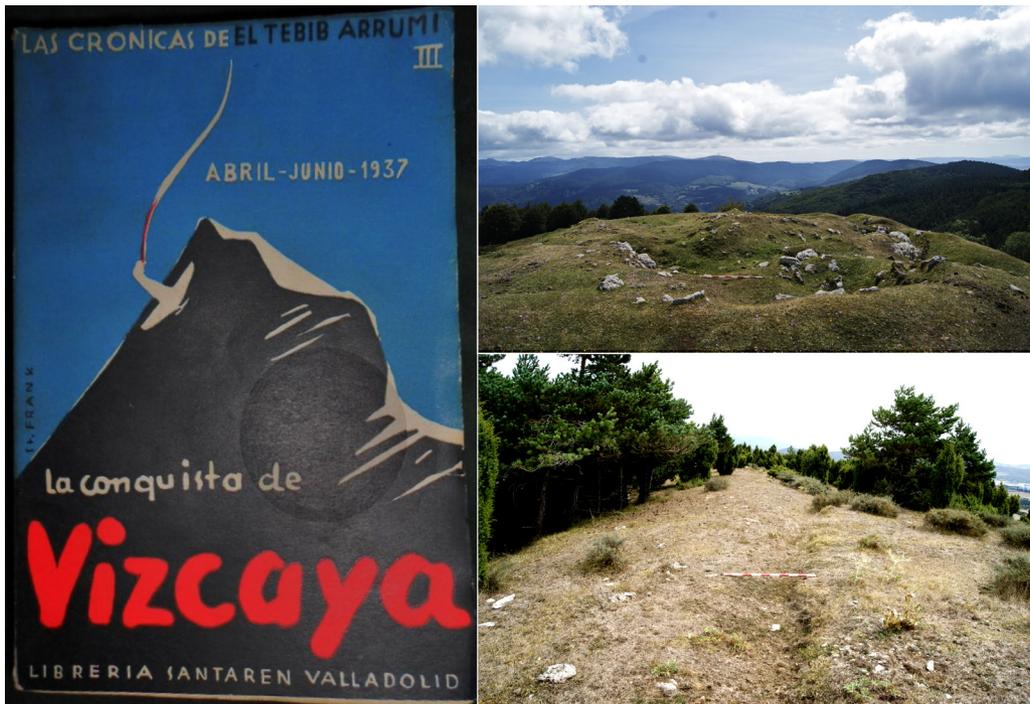


Figura 2. Ager versus Saltus. Portada de *La Conquista de Vizcaya* (izda.). Posición republicana de Jarindo (Aramaio) (arriba dcha.) y posición franquista de Kurtzegain (Legutio) (abajo dcha.).

No obstante, en estos relatos sobre el paisaje vasco y la Guerra Civil quizá se estén obviando algunas cuestiones tales como la existencia de una relevante “red



urbana” de pueblos grandes y ciudades pequeñas en los valles cantábricos del País Vasco, así como la importancia de la industrialización desde finales del siglo XIX. De hecho, las necesidades modernizadoras llevaban haciendo mella en el paisaje mucho tiempo: por ejemplo, a principios del siglo XX, en Gipuzkoa, la mitad de la superficie forestal de la provincia lucía “montes rasos y calvos” (en Berriochoa 2016: 16). Además, las diputaciones forales vascas tenían igualmente ciertas competencias en materia de caminos y carreteras y eso hacía que estas instituciones desarrollasen una intensa labor de desarrollo de la red viaria. Así lo comentaba el comandante vasco Beldarrain en su *Historia crítica de la guerra en Euskadi (1936-37)*:

«El hecho de poseer Bizkaia una tupida red de carreteras orientadas en todas las direcciones, salvando alturas por innumerables puertos de montaña, permitía al contrario tener siempre buenos emplazamientos para la artillería, facilitaba la orientación de las escuadrillas, explotar el éxito de cualquier operación, llegar cómodamente con los aprovisionamientos, etc. Podía imprimir agilidad a la ofensiva pese al intrincado terreno» (2012: 93).

Por lo tanto, frente a las múltiples representaciones políticas del paisaje vasco durante la Guerra Civil como un santuario montañoso frente a las invasiones por *unos* y como un lugar abrupto y hostil por *otros*, su imagen encajaba mejor con la de un territorio intensamente antropizado, con algunos síntomas de agotamiento ecológico. La modernización anterior a la guerra había servido precisamente para poner “en peligro” el immaculado terruño. La idealización del monte y del caserío por parte del nacionalismo vasco parecen encajar más bien con cierta idea de salvaguarda y exaltación de aquello que ya estaba mostrando signos de crisis.

En cualquier caso, es sumamente significativa la persistencia de estos esquemas fenomenológicos en tiempos de guerra. La visión de un paisaje idealizado, identificado con el *nosotros*, sirve de empuje para la lucha. Esto ha podido ser analizado en el caso del uso de fotografías de paisajes en la prensa antifascista vasca durante el conflicto: mientras que se procuraba censurar la publicación de imágenes de las ruinas urbanas producidas por los bombardeos franquistas (Durango, Gernika, Amorebieta, etc.), se mostraban recurrentemente instantáneas bucólicas de pueblos vascos anteriores a la guerra, casi con un valor “atemporal” y sobre todo “pacífico” (Rojo Hernández 2016). Esas postales participaban en la mitificación del País Vasco como “hogar”, solar atemporal y pacífico, al que defender.

En términos generales podemos decir ya que la principal vanguardia republicana vasca se asentaba en los montes que coronaban los valles de acceso a Bizkaia. Por el contrario, las fuerzas sublevadas se organizaban territorialmente en cotas menores, en la meseta alavesa, en inferioridad de altura en muchos casos, pero con una comunicación más fácil con Vitoria. Este esquema territorial es simi-



lar al de otros paisajes de la Guerra Civil en el Frente Norte: en la Montaña santanderina (García Alonso y Fraile López 2011) y en las cordilleras entre Asturias y León (González Gómez de Agüero *et al.* 2017). En cualquier caso, como vemos, al menos en el caso vasco, esta alteridad fenomenológica del territorio sirvió de soporte en la construcción del *Otro* ideológico, del enemigo a batir.

3. CONTROL SOBRE EL PAISAJE: TERRITORIALIZACIÓN DE LA GUERRA CIVIL EN EL FRENTE VASCO

La guerra, al igual que el resto de actividades humanas, se asienta sobre un territorio determinado. En los conflictos asimétricos de la contemporaneidad, la desigualdad de medios de uno y otro bando determina enormemente el tipo de uso del terreno de cada contendiente. El orden espacial de este tipo de conflictos ha sido definido como “geopolítica vertical” (en González Ruibal 2016: 73; Graham 2004). Mientras que la hegemonía se resuelve en los medios aéreos –aviones, satélites, drones–, el bando más débil recurre al control de los espacios subterráneos. Así es como se explican las cadenas tecnológicas que han operado en los conflictos modernos: frente a los bombarderos de Franco, los refugios anti-aéreos de Bilbao, Barcelona, Madrid, etc.; frente a los ataques químicos yanquis con napalm y agente naranja, los túneles del Viet Cong; y frente a los drones, las cuevas de Al Qaeda... De esta forma, frente a la actitud de *superación* del territorio de quienes detentan el poder tecnológico, se opone el uso del mismo como *protección* para quienes están en inferioridad de condiciones.

Esta idea de la “geopolítica vertical” nos remite directamente a esa otra dimensión característica de los conflictos bélicos contemporáneos: la “guerra total”. Un conflicto en el que se supera la noción de retaguardia y en la que todos los recursos son movilizados con el objeto de ser empleados para la victoria final. En este apartado, veremos cómo la Guerra Civil en el País Vasco, como conflicto asentado en el territorio, evolucionó también en ese sentido: de golpe de estado fallido a una larga y destructiva guerra total. Para ello, deberemos valernos de un concepto clave, no sólo en la caracterización de la guerra, sino también en la Modernidad como proceso histórico materializado: el control.

3.1. Control del territorio antes de la Guerra Civil en Araba

Para empezar, hay dos anécdotas sobre el control territorial que resultan pertinentes. La primera es que Araba fue uno de los primeros territorios en ser cartografiados mediante fotogrametría aérea. En 1932, el piloto Julio Ruiz de Alda, célebre por su hazaña transatlántica a bordo del *Plus Ultra*, por encargo de la Diputación



de Álava, emprendió esta labor con la que así colaborar con los trabajos del catastro foral (Urmeneta 2005). Su serie de imágenes sigue siendo a día de hoy una herramienta indispensable para arqueólogas y arqueólogos de la provincia.

Resulta llamativo que el primer registro aéreo del territorio alavés lo llevase a cabo alguien como Ruiz de Alda: un joven adinerado de Estella (Navarra), miembro de la familia propietaria de la principal industria del pueblo –una curtiduría–, así como uno de los fundadores de Falange Española en 1933. Después, en marzo de 1936 fue detenido por las autoridades republicanas para ser recluido en la Cárcel Modelo de Madrid, hasta que el 22 de agosto, en el contexto de la creciente amenaza sublevada, fue asesinado por milicianos anarquistas. La historia de Ruiz de Alda nos remite a la idea de cómo la Modernidad comenzaba a penetrar en los ámbitos rurales y semi-rurales de Araba y Navarra. Un joven estellés de buena familia había conseguido ser todo un pionero del aire, uno de los creadores de la “vanguardia” reaccionaria de la derecha española y, además, una útil herramienta para una Diputación que buscaba obtener un mejor control sobre su territorio.

La otra anécdota que nos ilustra acerca de la concurrencia entre control del territorio y Guerra Civil nos conduce a la primavera de 1936, cuando las fuerzas tradicionalistas del Requeté ya realizaban entrenamientos militares en los montes del País Vasco. De hecho, el propio Requeté era un grupo de acción política, pero también un órgano paramilitar, al igual que otros que se crearon en la Europa de entreguerras. En este caso, algunos notables de la provincia, como José Luis Oriol y Urigüen, diputado tradicionalista por Álava, empresario hidroeléctrico y propietario del principal periódico de la zona –*El Pensamiento Alavés*–, financiaban descaradamente la preparación de un golpe contra la República (Ayán Vila y García Rodríguez 2016). En este contexto de entrenamientos clandestinos en los montes, resulta llamativo que fuese un topógrafo de la Diputación quien avisase al Gobierno Civil de que había visto a los requetés preparándose militarmente en la localidad de Moreda, en el sur de la provincia (en Ruiz Llano 2016: 67).

Un topógrafo de la Diputación. Un técnico experto en el saber sobre el territorio, un enviado de la capital y, en definitiva, un ojo *urbano* en el *rural*. Esta anécdota es casi una metáfora de lo que se estaba gestando: la ciudad, con sus valores en favor del conocimiento y el progreso técnico –como diría Foucault, *saber-poder* (2016 [1975])–, echa un vistazo al campo y se encuentra con que hay grupos armados, firmemente asentados en las comunidades locales, que ya actúan a sus anchas y que amenazan con acabar con el régimen cívico liberal establecido. Los cambios políticos de la capital, incluso de una ciudad pequeña y “de provincias” como Vitoria, no habían penetrado en el territorio circundante. Este es un escenario similar a los de otras ciudades españolas al inicio de la Guerra Civil, al menos,



en la mitad norte peninsular: un campo conservador, de pequeñas y medianas propiedades y arriendos, se alza contra los vicios y pecados de un Estado transformador materializado en la capital provincial (Vilar 1986: 15-16).

3.2. Cartografías inmateriales y control flotante al inicio de la guerra

La sublevación triunfó rápidamente en Vitoria gracias al destacado protagonismo del militar Camilo Alonso Vega. Las instituciones republicanas fueron depuradas y el gobierno municipal fue el primero en reorganizarse en toda la España rebelde (Gómez Calvo 2014: 147-163; López de Maturana 2014: 33-71). Sin embargo, el problema al que hemos aludido inmediatamente antes podía traer problemas al triunfo del Alzamiento: el control de la capital no aseguraba el éxito efectivo en el resto del territorio.

En los primeros meses de la guerra, el control sobre la provincia estaba en manos de pequeñas guarniciones en los pueblos, compuestas por unos pocos guardias civiles y algunos entusiasmados requetés. La movilización militar fue uno de los mecanismos que progresivamente ayudó a los sublevados en su labor de dominación de la zona (Ruiz Llano 2016). En algunos pueblos, el reclutamiento de combatientes se llevó a cabo gracias a las redes clientelares de la “comunidad moral”: los cabezas de familia, tenientes del poder en los concejos locales, fueron quienes enviaron a sus jóvenes a combatir (ejemplo del pueblo alavés de Ullibarri-Ganboa en Ugarte 1998: 132-133). A nivel táctico, la columna militar de Alonso Vega actuaba como “apagafuegos” a lo largo del frente alavés, teniendo que hacer salidas continuas desde Vitoria para así hacer frente a pequeños ataques republicanos en el norte (Aguirregabiria y Tabernilla 2013: 30-33). Por ello, podemos hablar de cierto *control flotante* sobre una guerra precaria y casi de tipo decimonónico.

El conocimiento del territorio era un gran reto para los dos bandos. A nivel de todo el Estado se ha señalado que hubo una importante asimetría en recursos cartográficos (Nadal y Urteaga 2013). El bando republicano contaba con las principales agencias cartográficas en Madrid: el Instituto Geográfico, la Sección Cartográfica del Estado Mayor, el archivo cartográfico del Ministerio de Obras Públicas, etc. Sin embargo, la mayoría de oficiales y jefes del Cuerpo de Estado Mayor, con experiencia en labores de cartografía, se alineó con la sublevación. Además, en 1936, todavía una gran cantidad de series cartográficas se encontraban inacabadas o estaban desfasadas. El Ejército de Franco, por ejemplo, tuvo que reorganizar toda la producción de mapas del Servicio de Cartografía de la Confederación Hidrográfica del Ebro para poder suministrarse de buenos documentos con los que comprender el territorio en el que se estaba asentando el conflicto (Montaner *et al.* 2010).



En el caso alavés, contamos con algunos de los precarios croquis panorámicos efectuados por militares en primera línea, cuando aún no podía hablarse de un frente plenamente establecido (ver Figura 3). En la obtención de un conocimiento sobre toponimia, sobre los principales hitos paisajísticos y las vías de tránsito parece que el papel de la comunidad local fue imprescindible. A pesar de ello no contamos con muchos testimonios directos al respecto, aunque hay algunos hechos producidos al comienzo de la guerra que nos ilustran al respecto.

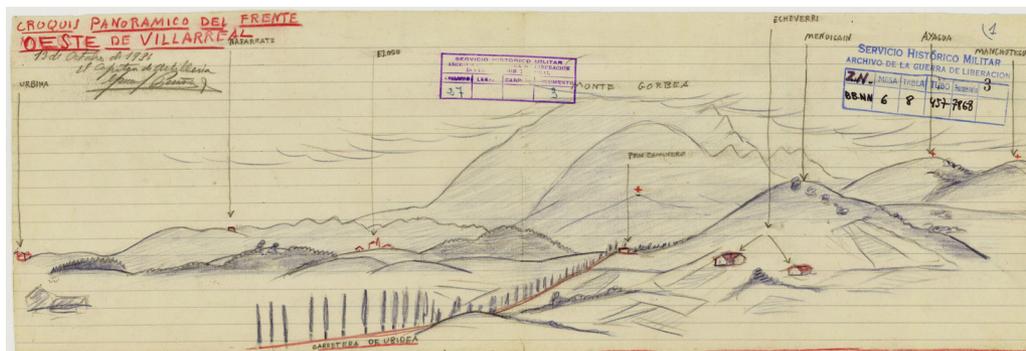


Figura 3. Croquis panorámico sublevado desde Villarreal de Álava (hoy Legutio) del 19 de octubre de 1936³.

El 31 de julio de 1936, las autoridades sublevadas detuvieron a un grupo de huidos políticos procedentes de Vitoria, en el entorno del monte Gorbeia. Tres de ellos, Esteban Elguezabal, José Kortabarria y Primitivo Ángel Estabillo, fueron posteriormente fusilados, el 14 de agosto, en las tapias del cementerio de San Isabel de Vitoria (Flores y Gil Basterra 2006: 54-55).

Cuando se menciona este episodio temprano de represión en la Araba bajo control sublevado se suele pasar por alto que quienes guiaban a los huidos eran pastores y que éstos también fueron detenidos bajo la sospecha de ser “espías”. Cuando quedaron libres fueron los combatientes republicanos quienes sospecharon de ellos. Uno de aquellos pastores, Echevarría “El Tuerto”, tuvo que abandonar escoltado el monte y tiempo más tarde fue asesinado en la retaguardia, en las inmediaciones del bilbaíno monte de Artxanda⁴. Por parte del bando sublevado, el 16 de agosto de 1936, Marcelino Iduya, pastor de 60 años, fue fusilado por espionaje (Flores y Gil Basterra 2006: 178).

³ Archivo General Militar de Ávila (AGMAV). M. 763, 10.

⁴ Archivo Ruiz de Aguirre / Sancho de Beurko: C. 2, exp. 1. Apraiz, Sabino (1945): “Guerra en la Paz de las Alturas-1936”, folios 15-16.



Sabino Apraiz, militante nacionalista vasco y primer encargado de organizar el frente en las alturas del Gorbea, describía así aquellas primeras semanas de la guerra:

«De vez en cuando, [los pastores] tropezábanse con algún extraviado y temeroso fugitivo, al que sin hacerle comprometedoras y molestas preguntas, le indicaba lealmente la dirección deseada, o bien, desde la altura de un picacho, contemplaban indiferentes el paso de un grupo de hombres jóvenes, que atravesaban la montaña para enrolarse bajo las banderas que representaban a sus ideales. ¡Qué les importaba todo aquel alboroto! La guerra no había puesto aún límites a su espacio. Sus rebaños pastaban plácidamente en los verdes y tupidos pastizales de Gorbea, pudiendo caminar de un extremo al otro del extenso macizo montañoso sin obstáculo alguno [...]. Ellos eran pastores, condición ésta, que en aquellos primeros momentos equivalía a neutral»⁵.

Esta visión “neutral” de los pastores, como meros hitos en el paisaje montañoso, contrasta con las acciones de guerra en las que éstos se vieron cada vez más inmersos. El ejemplo más notable tuvo lugar la madrugada del 3 de septiembre de 1936, cuando se cuenta que las fuerzas sublevadas consiguieron robar 1689 ovejas que se encontraban en zona republicana (Aguirregabiria y Tabernilla 2013: 53). Esta gran operación de sabotaje al enemigo sólo podía llevarse a cabo con personal experto en las labores de guía de ganado, así como con un conocimiento experto sobre el terreno, más aún en condiciones nocturnas. Podemos suponer que en ese momento algunos pastores ya estaban “movilizados” en el ejército sublevado. Contar con ellos era esencial en un terreno montañoso y poco conocido como éste: los pastores eran verdaderos portadores de una *cartografía inmaterial* en sus cabezas y ese saber, al igual que muchos otros en esta progresiva guerra total, fue utilizado en beneficio de la victoria militar.

3.3. Territorialización efectiva y guerra total

Tras esos primeros meses de incertidumbre en el conflicto, los dos bandos se reorganizaron políticamente. En octubre de 1936 se produjeron dos procesos paralelos importantes. Por un lado, el 1 de octubre se produjo la definitiva concentración de poderes por parte de Franco, como Jefe del Estado y como Generalísimo. Por otro lado, el 8 de octubre se creó el Gobierno de Euzkadi, gracias a la aprobación del Estatuto de Autonomía en las Cortes republicanas. Esta reorganización política se produjo en el primer momento de estabilización del frente

⁵ Archivo Ruiz de Aguirre / Sancho de Beurko: C. 2, exp. 1. Apraiz, Sabino (1945): “Guerra en la Paz de las Alturas-1936”, folio 2.



norteño, momento en el que también tuvo lugar una primera reorganización material de la guerra. González Ruibal menciona la idea de “solificación del frente” (2016: 138), momento en el que se fortificaron finalmente muchas posiciones que hasta entonces estaban controladas de una forma precaria. Además, como en una labor de costura, aquellos espacios vacíos poco controlados, fueron “cosidos” con guarniciones formadas hacía poco gracias al reclutamiento forzoso recientemente instaurado. El territorio se preparaba para una guerra larga.

El punto de inflexión estratégico en la Guerra Civil en el País Vasco vino de la mano de la conocida como Batalla de Villarreal (noviembre-diciembre de 1936), la única ofensiva emprendida por el Ejército Vasco en toda la guerra (Salgado 2007; Aguirregabiria 2014). El objetivo de la operación era tomar Vitoria para después avanzar sobre Miranda de Ebro, el principal nudo ferroviario en el norte de la España de Franco. Además, aunque con cierto retraso, se buscaba distraer parte del esfuerzo sublevado que en aquellos momentos estaba sitiando Madrid. Sin embargo, esta ofensiva republicana vasca, con un contingente poco entrenado y deficientemente mandado, fue un fracaso. Los ataques se atascaron continuamente en el pueblo alavés de Villarreal de Álava (hoy Legutio), el puesto avanzado de los rebeldes. Con miles de bajas, el Ejército Vasco tuvo que dar por terminada la operación a finales de diciembre de 1936, con unos resultados exiguos.

A pesar del fracaso operativo, el ataque republicano había demostrado a las autoridades militares de Vitoria que se encontraban en una situación bastante frágil frente a la amenaza en el norte. Por ello se extremaron las precauciones. En la Orden General nº 4 del Jefe de Estado Mayor de la IV Brigada Navarra, de 29 de diciembre de 1936, se ordenaba a todas las posiciones artilleras que confeccionaran croquis panorámicos detallados de los puestos enemigos (en Aguirregabiria 2014: 210-213). Se prohibieron las comunicaciones particulares y se limitaron las oficiales. Se exigió también la emisión diaria de informes de situación. De igual forma se dieron sendas órdenes de iniciar labores de fortificación en ambos bandos. El territorio debía quedar bajo un estricto régimen de vigilancia.

Sin embargo, no sólo se trataba de que montes y otros emplazamientos quedasen bajo el poder enemigo, la población civil de las “zonas de contacto” también debía ser estrictamente controlada. Entre enero y febrero de 1937, las autoridades militares del norte de Araba elaboraron diferentes informes sobre las poblaciones más cercanas al frente⁶. La estructura era similar en todos estos documentos: una lista con las personas “sospechosas” (para que fuesen detenidas o evacuadas lejos de la primera línea) y otra lista con “vecinos de confianza” (aquellos que serían movilizados en labores militarizadas o que organizarían al resto para hacerlo). La represión institucionalizada en aquellos momentos no sólo

6 Archivo General Militar de Ávila (AGMAV). C. 1537, 3.



servía como instrumento de exterminio político, sino también como mecanismo de coerción a la hora de militarizar la vida cotidiana. De esta forma, el paisaje humano también quedaba bajo la norma de la guerra total.

3.4. Movilización del pasado y militarización del territorio

Aunque este aspecto no ha sido todavía estudiado a fondo, resulta interesante subrayar cómo algunos elementos y lugares arqueológicos fueron también movilizados en interés de la guerra. Esta “movilización del pasado” (González-Ruibal 2016: 112) se produjo de forma notable en algunos casos. Por ejemplo, en el monte Murugain (Aramaio), las fortificaciones de la Edad del Hierro fueron reutilizadas y adaptadas por combatientes republicanos para su defensa en primera línea (Telleria 2011).

El paisaje religioso, de origen principalmente medieval, fue igualmente militarizado en muchos casos. Al igual que en otros frentes de la Guerra Civil española, las iglesias fueron reutilizadas como fortificaciones y sus campanarios sirvieron como nidos de ametralladoras improvisados. Muchas de las aldeas alavesas son remanentes de un paisaje medieval que en los últimos años está siendo estudiado de una forma intensiva (Quirós 2011). La intervisibilidad entre estos núcleos poblacionales, su control sobre las principales vías de tránsito y el papel vigilante de las iglesias propició el uso militar de estas últimas, hasta el punto de que muchas de ellas fueron destruidas en los combates. En este trabajo sobre el frente alavés se ha documentado la destrucción parcial o total de hasta nueve templos religiosos: Beluntza, Murua, Etxaquen, Okoizta/Acosta, Zestafe, Elosu, Legutio, Nafarrate y Urbina (Figura 4).

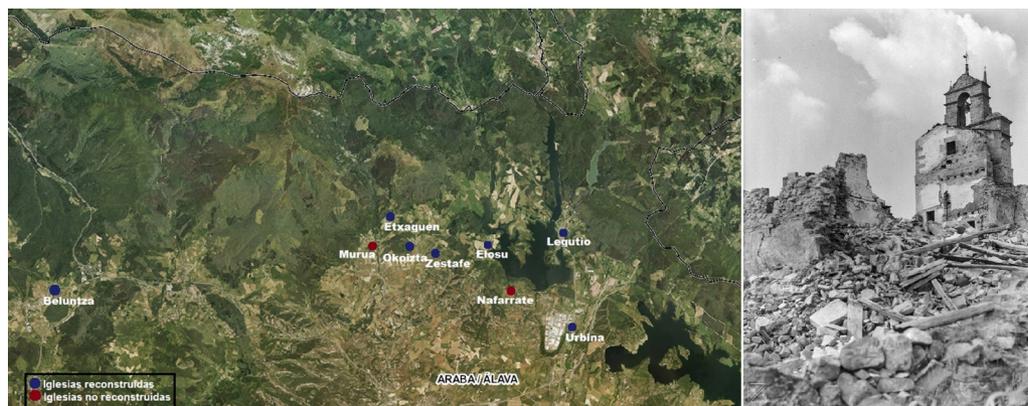


Figura 4. Mapa con iglesias destruidas en Araba (izda.) e iglesia de San Andrés de Murua (dcha.) (Enrique Guinea, 1936-37)⁷.

⁷ Archivo Municipal de Vitoria-Gasteiz (AMVG). GUI-VIII-40_05.



Siete de estas iglesias fueron reconstruidas en la posguerra, presumiblemente gracias a la labor de la Junta Nacional de Reconstrucción de Templos Parroquiales. Este organismo formaba parte del aparato rector que organizó el Régimen de Franco, combinando eficientemente reconstrucción material y propaganda política.

El origen de la Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones, el órgano-marco de la Junta, se remontaba a 1938, cuando el Nuevo Estado vio la necesidad de iniciar las tareas de reparación y reconstrucción de inmuebles e infraestructuras en los territorios conquistados (Muñoz Fernández 2006). Con la Ley de Adopción del 23 de septiembre de 1939 se establecía una fórmula estatal de reconstrucción de núcleos destruidos: el Generalísimo “adoptaría” estas localidades que no pudiesen sufragarse los gastos de las obras para que así el Estado pudiese intervenir directamente. En Bizkaia los principales pueblos adoptados fueron Gernika, Amorebieta y Mungia. Pero había otros pueblos que no habían sido adoptados y que necesitaban ayudas con las que acometer los trabajos: en estos casos fue la Junta Nacional de Reconstrucción de Templos Parroquiales la que tomó las riendas, no sólo para reconstruir las iglesias destruidas, sino también contribuir en la “recristianización” de la sociedad (Más Torrecillas 2008: 122-124).

La imagen de un Estado invirtiendo esfuerzos en la reconstrucción de una gran cantidad de centros parroquiales parece entrar bien en el esquema destrucción-reconstrucción que la España de Franco quería transmitir en la lógica de su ideología nacionalcatólica. Sin embargo, hay casos célebres en los que la ruina sirve de ejemplo material que apoya mejor el discurso de la Victoria. Este es el caso de la localidad zaragozana de Belchite, convertida en ruina como prueba constante del “horror rojo”. Junto a las ruinas del Pueblo Viejo se construyó el Pueblo Nuevo: un ejemplo del ímpetu transformador del Régimen, así como un pilar alzado con mano de obra prisionera, mezclando así castigo y redención (Michonneau 2017).

No sabemos si esta “exaltación de la ruina” fue la que hizo que dos templos parroquiales alaveses no fuesen finalmente reconstruidos: la iglesia de San Andrés de Murua y la iglesia de la Asunción de Nuestra Señora de Nafarrate. La primera fue definitivamente derruida hasta los cimientos, re-convirtiendo una cercana ermita en el nuevo templo de San Andrés. En cuanto a la de Nafarrate, esta iglesia fue también parcialmente destruida en los combates de la Batalla de Villarreal de diciembre de 1936. Después del conflicto no fue reconstruida y todavía hoy parece hacer creer a sus visitantes que se trata de una “ruina medieval”. Resulta llamativo que este centro parroquial no fuese reconstruido, aunque podemos tomar la idea de que si la reconstrucción era un “don” o un “beneficio” que el Estado entregaba a sus fieles, la ruina podía ser un buen “castigo” (Ortiz 2012).



La cuestión es que el último párroco de Nafarrate fue un destacado nacionalista vasco, Txomin Iakakortexarena (Iakakortexarena 1993). Este joven cura fue enviado a esta aldea alavesa en 1932 y enseguida se hizo conocido por su labor en favor de la lengua vasca. Al principio de la Guerra Civil, siendo conocida su adscripción política, el obispo de Vitoria decretó su encierro en la parroquia. A pesar de todo, en los primeros días de diciembre de 1936, la ofensiva republicana vasca llegó a la localidad y, cuando las fuerzas tuvieron que abandonarla ante el fuerte contraataque franquista, Iakakortexarena se unió al Ejército Vasco y fue capellán en el mismo hasta que tuvo que partir al exilio en 1937. Hoy en día, en las ruinas de la iglesia de Nafarrate, una placa colocada por el vecindario recuerda la labor de este cura en favor del euskera (Figura 5). Todavía carecemos de datos sobre las razones de no reconstruir este templo, pero la conjunción de elementos materiales y simbólicos que ha fijado la comunidad local parece emitir su propio juicio.



Figura 5. Vista general de las ruinas de la iglesia de Nafarrate (izda.) y placa en homenaje al cura vasquista Txomin Iakakortexarena (dcha.).

Por otra parte, las iglesias parroquiales no fueron los únicos centros religiosos militarizados en la Guerra Civil en el frente del norte alavés. Las ermitas también fueron ejes importantes en el control y la vigilancia de los principales caminos. Esta función que parece que muchas cumplieron en tiempos pretéritos fue renovada en el contexto de esta guerra total.

En algunos casos, algunas de estas ermitas ya estaban en ruinas en 1936, pero se conocía su existencia gracias a la tradición oral local. Este es el caso de la ermita de San Pedro de Beratzta, en ruinas desde el siglo XVIII, pero muy presente en la memoria colectiva de la zona, en tanto que este hito religioso ha marcado el límite tradicional entre los concejos vecinos de Aloria y Lezama. Desde 2016, un equipo arqueológico de la Universidad del País Vasco desarrolla labores de estu-



dio del paisaje del monte San Pedro en relación con su turbulento pasado como campo de batalla por partida doble en la Guerra Civil (primer combate en diciembre de 1936 y segundo en mayo-junio de 1937). En mayo de 2017, en el contexto de las excavaciones, se promovió la realización de una jornada de trabajo vecinal (*auzolan*) con las comunidades de Aloria y Lezama. El objetivo de investigación era limpiar de elementos bióticos que tapaban las ruinas casi desaparecidas de la ermita de San Pedro para así comprender su relación con la materialidad espacial de la guerra. Sin embargo, el objetivo patrimonial de aquel día resultó mucho más interesante: reunir en una labor colectiva a dos comunidades que ya habían usado este hito como punto de encuentro durante siglos. De esta forma, la historia de negociación colectiva y convivencia vecinal de la ermita de San Pedro parece escribirse nuevamente apelando justamente a ese mismo principio comunal, sólo que varios siglos después, en el siglo XXI.

4. CONCLUSIONES

La territorialización del conflicto en la Guerra Civil condujo a una progresiva militarización del territorio. Esta es una idea que merece ser objeto de reflexión y acción en estos paisajes culturales.

Para empezar, los rigores de la guerra total significaron un gran proceso de desposesión de su entorno para decenas de poblaciones. Como hemos visto, los pastores pronto fueron vistos como sospechosos de espionaje y fueron movilizadas como piezas clave por las “cartografías inmateriales” que guardaban en sí mismos. Montes de propiedad pública fueron ocupados militarmente durante meses convirtiéndose en sangrientos campos de batalla. Los informes sobre población local muestran un esquema binario terrible: listas de “vecinos de confianza” frente a listas negras de personas sospechosas. Con lo cual, también se puede decir que este proceso de desposesión fue discriminatorio en base al mayor o menor grado de fidelidad al Régimen de Franco. En algunos pueblos, las iglesias, bienes de una importancia vital en la comunidad, fueron también convertidas en fortificaciones, así como destruidas en muchos casos. La reconstrucción de posguerra no se hizo atendiendo a la voluntad local: se construyeron campanarios de cemento que acababan con las tradiciones de arquitectura vernácula de cada lugar, se cambiaron las advocaciones religiosas y, en algunos casos, las ruinas fueron perpetuadas con motivaciones aparentemente ejemplarizantes. Todos estos hechos tuvieron lugar sin contar con las voces de las poblaciones de la zona; por un lado, por las “necesidades de la guerra”, y por otro lado, por el carácter anti-democrático del Régimen vencedor.



Dando la vuelta al enunciado de Clausewitz, podemos decir que la Guerra Civil surgió en un contexto histórico poco propicio de cara a “hacer la guerra por otros medios”, es decir, políticos y pacíficos. La “era de las catástrofes” (Hobsbawm 1995). Además, en su origen parecemos encontrar las tensiones históricas de un territorio con profundos contrastes. Mientras que las ciudades, como centros políticos oficiales, vivían cambios rápidos e invertían numerosos esfuerzos en “hacer llegar el Estado” a todas partes, el ámbito rural tenía sus propias normas en clave de comunidad moral. Las labores de cartografiado del territorio en aquella época parecen ser un buen indicador de ello.

La guerra, a medida que fue haciéndose total, impuso a su vez una visión funcionalista sobre el paisaje. Términos como “zona de contacto”, “línea del frente”, “recurso” y “efectivo” se impusieron sobre las comunidades en base a las necesidades específicas del discurso bélico. Los grandes eventos de construcción rápida, vida efímera y gran destrucción de núcleos habitados –desde posiciones del frente, hasta ciudades enteras como Gernika– nos hablan de la especificidad de estos paisajes contemporáneos, de este lenguaje de la “Sobremodernidad” (González Ruibal 2008).

Por todo ello, hacer Arqueología del Paisaje en estos contextos de conflicto reciente significa inevitablemente promover espacios de encuentro y procesos de empoderamiento patrimonial. Aquellos hitos que fueron arrebatados por las necesidades militares modernas y aquellos relatos que fueron silenciados por la Dictadura deben ahora poder tener su espacio. De esta forma, estos paisajes dejarán de ser el objeto de las “visiones del *Otro*” para poder empezar a ser el bien común de todas y todos.

Agradecimientos

Gracias a mis compañeros Mikel y a Pako por su trabajo en las prospecciones por el norte de Araba, a lo largo de medio centenar de kilómetros, casi siempre entre zarzas y argomas. Gracias también a dos excelentes guías de la asociación etnográfica Abadelaueta, a Xabier Galagarraga y a Esteban Etxebarria, así como a aquellas personas que anónimamente nos ayudaron en la épica exploración montañera, perdidos como estábamos, como buenos urbanitas e hijos de la globalización que éramos (y somos). Eskerrik asko guztioi.



BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, P. (2008). *Políticas de la memoria y memorias de la política*. Madrid: Alianza.
- Aguirregabiria, J. M. y Tabernilla, G. (2013). *El Frente de Álava. Primera parte: De la sublevación militar a vísperas de la batalla de Villarreal*. Bilbao: Beta III Milenio.
- Alcalde, A. (2016). Palingenesia, excombatientes y fascismo tras la Primera Guerra Mundial. EN F. Cobo Romero, C. Hernández Burgos y M. A. del Arco Burgos (eds.). *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de entreguerras (1918-1945)* (pp. 95-106). Granada: Comares.
- Alonso González, P. (2008). Reflexiones en torno a una arqueología de la Guerra Civil: el caso de Laciana (León, España). *Munibe Antropología-Arkeologia*, 59, 291-312.
- Arrumi, T. (1938). *La conquista de Vizcaya*. Valladolid: Librería Santarén.
- Ayán Vila, X. M. (2016). ¿Un mundo en guerra? Públicos, comunidades y arqueología del conflicto. EN M. Díaz-Andreu, A. Pastor Pérez y A. Ruiz Martínez (coords.). *Arqueología y comunidad. El valor social del patrimonio arqueológico en el siglo XXI* (pp. 259-276). Madrid: JAS Arqueología.
- Ayán Vila, X. M. y García Rodríguez, S. (2016). *Ha llegado España: Arqueología de la memoria nacionalcatólica en Euskadi*. *ArqueoWeb*, 17, 206-238.
- Barreiro, D. (2012). Arqueología aplicada y patrimonio: memoria y utopía. *Complutum*, 23 (2), 33-50.
- Beldarrain, P. (2012). *Historia crítica de la guerra en Euskadi (1936-1937)*. Oñati: Intxorta 1937 Kultur Elkarte.
- Berriochoa, P. (2016). El bosque de Gipuzkoa entre los siglos XVIII y XX: deforestación y cambio de especies. *Estudios Rurales*, 6 (11), 11-31.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Madrid: Anagrama.
- Box, Z. (2016). Masculinidad en línea recta. A propósito del pensamiento binario del fascismo español. EN N. Aresti, K. Peters y J. Brühne (eds.). *¿La España invertebrada? Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX* (pp. 223-238). Granada: Comares.
- Ciutat, F. (1939). *El combate defensivo en terreno montañoso*. Valencia: Editorial del Comisariado del Ejército de Levante.



- Clausewitz, C. v. (2002 [1816]). *De la guerra*. Librodot.com. Disponible en: <http://lahaine.org/amauta/b2-img/Clausewitz%20Karl%20von%20-%20De%20la%20guerra.pdf> [2018, 3 de abril].
- Criado Boado, F. (1993). Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje. *SPAL: Revista de prehistoria y arqueología de la Universidad de Sevilla*, 2, 9-56.
- Del Molino, S. (2016). *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Turner.
- Fernández Soldevilla, G. (2016). *La voluntad del gudari. Génesis y metástasis de la violencia de ETA*. Madrid: Tecnos.
- Flores, T. y Gil Bateria, I. (2006). *Araba en 1936: guerra y represión*. Vitoria-Gasteiz: Arabera.
- Foucault, M. (2016 [1975]). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- García Alonso, M., López Fraile, M. A. (2011). La arqueología de la Guerra Civil en Cantabria meridional: El Frente Norte. *Castillos de España: publicación de la Asociación Española de Amigos de los Castillo*, 161-163, 145-156.
- Gómez Calvo, J. (2014). *Matar, purgar, sanar. La represión franquista en Álava*. Madrid: Tecnos.
- González Gómez de Agüero, E., Montoro Segovia, J., González Ruibal, A. (2017). Castiltejón, un puesto avanzado republicano en el Frente Norte (Puebla de Lillo, León). *Ebre* 38, 7, 213-240.
- González Ruibal, A. (2008). Time to destroy. An Archaeology of Supermodernity. *Current Anthropology*, 49 (2), 247-279.
- González Ruibal, A. (2016). *Volver a las trincheras. Una arqueología de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza.
- Graham, S. (2004). Vertical geopolitics: Baghdad and alter. *Antipode*, 36(1), 12-23.
- Hernando, A. (2007). Sexo, Género y Poder: breve reflexión sobre algunos conceptos manejados en la Arqueología del Género. *Complutum*, 18, 167-173.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Horne, J. (2004). Masculinity in Politics and War in the Age of Nation-states and World Wars, 1850-1950. EN S. Dudink, K. Hagemann y J. Tosh (eds.). *Masculinities in Politics and War: Gender in Modern History* (pp. 22-40). Manchester y Nueva York: Manchester University Press.



- Iakakortexarena, T. (1993). *Dos ideales en la vida*. Vitoria-Gasteiz: Editorial Seminario.
- Larrañaga, K. (2007-2008). Sobre los usos del binomio *ager-saltus* y del término “romanización” en relación a los procesos de cambio vividos durante la etapa romana en el área circumpirenaica occidental. *Veleia: Revista de prehistoria, historia antigua, arqueología y filología clásicas*, 24-25 (2), 977-988.
- Lefebvre, H. (2013 [1974]). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- López de Maturana, V. (2014). *La reinención de una ciudad. Poder y política simbólica en Vitoria durante el franquismo (1936-1975)*. Bilbao: Universidad del País Vasco (UPV-EHU).
- Más Torrecillas, V. J. (2008): *Arquitectura social y estado entre 1939 y 1957. La Dirección General de Regiones Devastadas*. Tesis doctoral, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).
- Michonneau, S. (2017). *Fue ayer, Belchite. Un pueblo frente a la cuestión del pasado*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Montaner, C.; Nadal, F.; Urteaga, L. (2010). El Servicio de Cartografía de la Confederación Hidrográfica del Ebro durante la Guerra Civil española. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 52, 273-294.
- Muñoz Fernández, F. J. (2006). Reconstrucción y vivienda. La arquitectura de los años de postguerra en el País Vasco (1937-1950). *Ondare*, 25, 33-76.
- Nadal, F. y Urteaga, L. (2013). Introducción. EN F. Nadal y L. Urteaga (eds.). *Mapas y cartógrafos en la Guerra Civil española (1936-1939)* (pp. 15-17). Madrid: Centro Nacional de Información Geográfica.
- Núñez Seixas, X. M. (2007). Los nacionalistas vascos durante la Guerra Civil (1936-1939): una cultura de guerra diferente. *Historia Contemporánea*, 35, 559-599.
- Orejas, A. y Ruiz del Árbol, M. (2013). Arqueología del paisaje: procesos sociales y territorios. EN J. A. Quirós (dir.). *La materialidad de la historia. La arqueología en los inicios del siglo XXI* (pp. 201-240). Madrid: Akal.
- Ortiz, C. (2012). Destrucción, construcción, reconstrucción, abandono. Patrimonio y castigo en la posguerra española. *Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea*, 10.
- Quirós, J. A. (2011). Las iglesias altomedievales en el País Vasco. Del monumento al paisaje. *Studia Historica. Historia Medieval*, 29, 175-205.
- Rojo Hernández, S. (2016). Ruinas y propaganda durante la Guerra Civil: el ejemplo de la prensa vasca antifascista (1936-1937). *Historia Contemporánea*, 52, 211-234.



- Ruiz Llano, G. (2016). *Álava, una provincia en pie de guerra. Voluntariado y movilización durante la Guerra Civil*, Bilbao: Beta III Milenio.
- Sáenz del Castillo, A. (2017). La arqueología del conflicto en el País Vasco y su potencial didáctico. *Revista Otarq: Otras Arqueologías*, 2, 129-145.
- Salaberria, U. (2014). La identidad expandida: Cartografías del saber. *AusArt: Journal for Research in Art*, 2(1), 284-294.
- Salgado, M. A. (2016). La batalla de Villarreal: 30 de noviembre – 24 de diciembre de 1936. *Sancho el Sabio*, 26, 179-211.
- Telleria, E. (2011). Sondeos arqueológicos en el poblado de Murugain (Aramaio, Álava). *Estudios de Arqueología Alavesa*, 27, 135-216.
- Trullán, R. (2016). *España trastornada. La identidad y el discurso contrarrevolucionario durante la Segunda República y la Guerra Civil*. Madrid: Akal.
- Ugarte, J. (1998). *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ugarte, J. (2009). El carlismo en la Guerra del 36: la formación de un cuasi-estado nacional-corporativo y foral en la zona vasco-navarra. *Historia Contemporánea*, 38, 49-97.
- Urmeneta, B. (2005). Georreferenciación del vuelo histórico de 1930 de Ruiz de Alda en la Cuenca Hidrográfica del Segura. EN C. Conesa (ed.). *Tecnologías de la Información Geográfica: Territorio y Medio Ambiente* (pp. 183-194). Murcia: Universidad de Murcia.
- Vilar, P. (1986). *La guerra civil española*. Barcelona: Crítica.
- Žižek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Austral.
- Zumalde, X. (2004). *Mi lucha clandestina en ETA. Memorias del primer jefe del Frente Militar (1965-1968)*. Arrigorriaga: Status.

Fuentes documentales

Archivo General Militar de Ávila (AGMAV).

Archivo Luis Ruiz de Aguirre / Sancho de Beurko.

Archivo Municipal de Vitoria-Gasteiz (AMVG).

